

Las huellas de la identidad

En el transcurso de la vida un ser humano va componiendo un repertorio individual no solo de saberes sino también de vivencias. Comúnmente, se cree que la identidad es una pieza de un mosaico que una vez se ha completado, forma una composición la cual perdura a lo largo de la existencia. De igual manera, se piensa que cada persona posee una sola identidad, entendida como aquellas características correspondientes a las tradicionales clasificaciones sociales como lo son el género, la clase social, el nivel de instrucción o la etnia, entre otros, que las porta el individuo y solo le pertenecen a él.

Nada más alejado de ello. Hace ya unos días vengo leyendo sobre este término. Stuart Hall propuso su reescritura, el autor sostiene que es preciso hablar de identidades, es decir, referirnos a esta noción en plural. Esto porque parafraseando al autor, las personas no tenemos una sola identidad que nos defina como individuos, como subjetividad que mora en el yo más íntimo. Hablamos de identidades porque estamos compuestos por muchas, la identidad se despliega en el lenguaje a través de la interacción comunicativa. Es ahí precisamente, donde las personas en una situación y en un contexto determinados, en el contacto con el otro, donde ponen en juego las identidades, lo que no quiere decir que durante una conversación voy a «usar» todas las que me conforman.

Voy a ejemplificar lo que quiero decir con palabras que vienen a mi memoria después de varias lecturas sobre esta noción que está estrechamente relacionada con la migración. En mi caso, he tenido la gran fortuna de haber vivido en diferentes países, lo que implica diferentes culturas y lenguas, entre otros aspectos. Comenzaré el recorrido por Colombia de donde soy oriunda. Nací en la ciudad de Medellín, una ciudad localizada en un valle, con costumbres y tradiciones arraigadas, conservadoras y católicas, y como se sabe excolonia española. Después de un viaje de vacaciones al Brasil, concretamente a São Paulo, me enamoré de esa ciudad, y decidí estudiar portugués e ir investigando sobre su cultura. En 2010, decidí ir a vivir a esta ciudad, donde residí durante ocho años. Este fue un cambio abrupto no solo por el idioma, sino también por la cultura, una experiencia demoledora, porque las diferencias entre estos dos países latinoamericanos son abismales. Permítanme un pequeño paréntesis, Brasil fue colonia portuguesa, y esto, queridos lectores, también marca la diferencia con respecto a los otros países latinoamericanos. Cierro paréntesis. Esto implicó una reformulación de valores, de asumir ser inmigrante, de descubrir, en el contacto con los otros cómo integrarme a la sociedad, cómo relacionarme con el otro, y cómo hacer que las identidades que ya tenía como colombiana se ajustaran con aquellas que estaba comenzando a incorporar. Brasil en un país tan sumamente diverso, que solo quien ha vivido allí sabe que no es fácil. Poco a poco, adopté costumbres y tradiciones paulistanas y brasileñas, y aprendí a vivir en una metrópoli que a su vez está compuesta por personas de varias nacionalidades y regiones del país, convivir con unos 18 millones de habitantes, no es una vana experiencia.

Llegué a un punto que comencé a sentirme parte de ese país: es tu ciudad y es tu gente. Aun así, sucede que es un proceso de reconstrucción permanente, en efecto no he dejado de ser colombiana, pero el haber vivido en Brasil me permitió sumar, si se puede decir, capas identitarias, las cuales no son polarizadas, sino que son heterogéneas.

Luego tomé la decisión de venir a estudiar a España, otro gran cambio, que en mi caso no se siente tan abismal por el hecho de ya haber tenido una experiencia migratoria. Es claro que es un país ubicado en otro continente y aunque el idioma sea el mismo, como sabemos, pertenece a otra variedad lingüística. Mi primera experiencia de vida en España fue en el lluvioso y verde norte, en Comillas, un pueblo ubicado en Cantabria, allí permanecí unos meses. Debo decir que es la primera vez que vivo en un pueblo, esta experiencia de residir en un lugar tan pequeño me condujo a apreciar y a comprender poco a poco otras diferencias culturales.

Posteriormente tuve la posibilidad de vivir en Portugal, esta vivencia de igual manera que la anterior, implicó un cambio en el repertorio lingüístico, pues aun sabiendo portugués, hay grandes diferencias. No es fácil, pero la posibilidad de comunicarse con las personas e intercambiar ideas sobre varios asuntos, creo que es más valioso que el dominio «perfecto» de un idioma, por cierto, difícil de alcanzar, privilegio de los grandes escritores.

Ahora vivo en Salamanca donde soy voluntaria en una ONG pro-migración; estar en contacto con otros inmigrantes y españoles me han permitido conocer otras visiones de mundo, lo cual transforma no solo mi pensamiento, sino también que enriquece mi experiencia de vida, y facilita relacionarme con otras personas sin establecer rótulos, sin imaginarios que aumentan las diferencias y trazan fronteras.

En mi opinión, el contacto con otras personas de procedencias, costumbres, creencias e idiomas tan diversos durante los últimos años permite no que me distinga de los otros, todo lo contrario, que me sienta parte de la sociedad. La identidad es un proceso de construcción constante a lo largo de la vida, porque implica el reconocimiento del otro en todos los niveles. Por eso afirmo que la identidad es una huella, una marca en permanente reconfiguración.